



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

CÁRLOS VANLOÓ

El célebre pintor, cuyo retrato publicamos en este número, nació en Niza el año 1705. En aquel período de lucha que inicia el pasado siglo, gracias á las aficiones de su hermano Juan Bautista, pudo consagrarse al estudio de la pintura y recibir una educación artística esmerada. Para completar esta condujo-le su hermano á Roma y á París, donde le puso en relación con los más notables maestros de la época y le ayudó en ocasiones á terminar algunos cuadros. De esta suerte alcanzó



Cárlos Vanloó.

Cárlos merecida reputación, y pudo saborear los aplausos de sus contemporáneos y dar á conocer su nombre. Entre sus numerosos cuadros se citan con encomio por su extraordinario mérito: *Eneas llevando á Anchises*, tema que le sirvió para desenvolver una de las más conmovedoras escenas de la Eneida; *El Espíritu Santo presidiendo el casamiento de la Virgen y San José*, y *Una muerta, metamorfoseada en ninfa*.

La mayoría de los asuntos á que dió vida el habilísimo pincel de Vanloó, se relacionan con las desventuras que amargaron su

existencia; pero el último citado es el que mayor significación tiene bajo este punto de vista. Después de paladear los acerbos saetazos de las rivalidades y las envidias; después de sufrir todas las amarguras y todos los tormentos de un amor desgraciado, contrajo al fin matrimonio nuestro pintor, y logró verle bendecido por el nacimiento de una niña. En ella cifró todo su cariño y toda su ventura, y á ella consagraba todos sus afanes de artista. Por eso el golpe fué muy rudo cuando la vió enfermar, y por eso acabaron para él todas las alegrías en cuanto aquella desapareció del mundo. Pero el dolor de verla morir debió ser intenso en extremo por las circunstancias que precedieron á esta desgracia.

La hija, dotada de escepcional inteligencia, entregábase con imprudente empeño á la lectura, no obstante las advertencias de su padre, que por no saber leer no comprendía tales goces. A consecuencia del abuso contrajo Carolina una languidez que al fin la condujo al sepulcro. Pocos días antes de bajar á él, la niña penetró en el taller de su padre, y se puso á pintar. Y cuál no sería la sorpresa de éste al ver que trazaba un esqueleto en que resaltaban sus infantiles facciones.

—¡Niña! exclamó el padre, no es por ahí por donde se comienza, y con mano agitada y temblorosa substituyó con una ninfa el horrible esqueleto.

—¿No estás así mejor? preguntóla el padre así que hubo terminado.

—¡Oh! no, contestó Carolina; estoy muerta, muerta.

Y en efecto, aquel misterioso presentimiento se convirtió en lúgubre realidad á los pocos días, después de producir el bellísimo cuadro *Una muerta, metamorfoseada en ninfa*, y acibarar los días del malaventurado Carlos Vanloó.

LA DIGESTION

ESPLICADA POR UN PADRE Á SUS HIJOS

El deseo de saber anúnciase en el hombre desde sus primeros años. La curiosidad infantil, que en tan graves apuros pone muchas veces á los padres y maestros, es la primera manifestación del noble afán de saber que distingue al ser inteligente.

Ocasiones hay en que es imposible dejar satisfecha la curiosidad de los niños; pero

debe también huirse de adoptar como sistema el engaño, haciéndoles concebir ideas erróneas ó preocupaciones absurdas, que es difícil desarraigar más tarde. Las ideas que se graban en el cerebro de los niños jamás se borran, cuando se han sabido poner al alcance de su inteligencia.

Así lo comprendía, sin duda, el buen don Lorenzo, honrado padre de familia, más rico en ciencia y en virtudes que en bienes de fortuna. Proporcionábale su trabajo recursos necesarios para vivir holgadamente; pero su corazón caritativo le impulsaba á enjugar tantas lágrimas, á socorrer tanta miseria, que lo que con los ricos ganaba, en su profesión de médico, gastábalo en gran parte con los pobres que á todas horas á él recurrían, hallándole propicio siempre á proporcionarles los medios de recuperar la salud perdida.

Pocas veces podía dedicarse al cuidado de su familia por impedírsele sus ocupaciones; pero sabía aprovechar las horas de la comida, que hacía siempre rodeado de su amante esposa y sus dos pequeños hijos, Dolores y Eduardo, á los que procuraba instruir, contestando á sus preguntas del mejor modo posible. Más de una vez sudaba el buen D. Lorenzo, por no hallar modo hábil de llevar á la inteligencia de sus hijos los conocimientos que ellos mismos querían adquirir. Fatigábanle multiplicando sus preguntas, y costábale trabajo muchas veces contestar á ellas. La niña, impaciente y vivaracha, comprendía más fácilmente que su hermano; pero apuraba las cuestiones ménos que éste, cuyo carácter era más frío y observador.

Pero es el caso que entre uno y otra dirigían á su buen padre tantas y tales preguntas, que ni le daban punto de reposo, ni comer tranquilo le dejaban. Quiso su madre prohibirles este abuso; pero opúsose D. Lorenzo, reclamando sólo orden y método, porque el *método es la base de toda ciencia*.

—La mayor parte de sus preguntas, dijo D. Lorenzo dirigiéndose á su esposa, se refieren á los fenómenos de la vida, y yo quiero explicarles estos fenómenos, que toda persona ilustrada debiera conocer.

—¿Y cómo te harás entender, replicó Doña Carmen, de un niño de diez años y una niña de ocho?

—El buen deseo todo lo puede, y mis hijos no son tan torpes que no comprendan los fenómenos que yo he de presentar á su vista.

—¡Por Dios, papá! interrumpió la niña; yo no quiero ver fenómenos.

—No te asustes, hija mía. El vulgo entiende por *fenómenos* los seres ú objetos raros ó monstruosos que se salen fuera de los límites de lo natural; pero es preciso que vosotros desecheis esa idea errónea. Todo aquello que en la Naturaleza sucede se llama *fenómeno*. Vosotros vais creciendo de día en día; pues vuestro crecimiento es un fenómeno. La lluvia que riega los campos, el calor que nos sofoca, el movimiento de los astros en el espacio, estos son los fenómenos de la Naturaleza.

—Y si yo hago una montera de papel, ¿es tambien un fenómeno? preguntó Eduardo.

—No, hijo mio; no confundas las obras del hombre con las obras de la Naturaleza. El hombre no hace sino provocar los fenómenos. Tu hermana, por ejemplo, acaba de sembrar una albahaca: esto no es un fenómeno; pero lo será el crecimiento de la planta, que se desarrollará con el riego. Ahora, pues, ya sabéis lo que quiero decir cuando os hable de fenómenos, puesto que voy á esplicaros los que la vida presenta en sus diversas funciones.

—Sí, papá, sí, interrumpió batiendo palmas la impaciente Lolita; hálbanos de funciones. Esa conversacion me agrada mucho.

Sonrióse D. Lorenzo, y continuó:

—No entiendas que voy á hablarte de funciones de teatro ó polichinelas. Llamo *funciones* á los fenómenos que se verifican en el cuerpo humano, y que dan por resultado el sostenimiento de la vida. Son funciones la digestion, la circulacion, la respiracion, etc. Estas funciones llenan diversos objetos: unas sostienen la vida, otras ponen al hombre en relacion con sus semejantes; y como no es posible que os las explique todas, nos contentaremos, por ahora, con las primeras, llamadas funciones de nutricion, y entre ellas nos ocuparemos de la digestion, que es la que más despierta vuestra curiosidad.

—Me alegro, dijo Eduardo, porque en seguida nos esplicarás la indigestion.

—Sabrás lo que es la indigestion; pero desde luego te advierto que esta no es una funcion, sino una enfermedad.

—¿Y en qué se diferencian?

—Son funciones los fenómenos normales; y enfermedades los anormales, nacidos de una alteracion cualquiera de los órganos ó funciones. Así como estas sostienen la vida, las enfermedades la entorpecen y destruyen. Voy á esplicaros la digestion. Cuando esta se altera sobreviene la indigestion, enfermedad que tú, Eduardo, padeces con frecuencia por no masticar bien los alimentos.

—La digestion, la digestion, exclamó la niña; quiero saber lo que es la digestion.

—Vas á saberlo, y en primer término espero me contestes á esta pregunta: ¿Tú sabes por qué comes?

—Sí, porque tengo hambre.

Rascóse D. Lorenzo la venerable calva. La ingénua contestacion de Lolita poníale en grave aprieto.

Doña Cármen no pudo ménos de reirse con la respuesta de la niña y la turbacion del padre.

—Tienes razon, dijo por fin D. Lorenzo; pero tú no sabes por qué tienes hambre y por qué el alimento la hace desaparecer, y yo te lo voy á esplicar. Más de una vez has visto en el tren que para que la locomotora ande, constantemente hay que echar carbon y reponer el agua, á medida que el carbon y el agua se van gastando. Has visto tambien que en muchas estaciones, cuando el tren pára, se dá aceite á los topes y tornillos, que sin este requisito se entorpecen. Pues bien, hijos mios, una cosa parecida sucede en el cuerpo, y así como la máquina se alimenta con carbon, el alimento del cuerpo es la sangre.

—Pero el carbon se quema y se gasta, y la sangre no, objetó Eduardo.

—Eso crees tú. La sangre circula llevando calor y vida á todo el cuerpo. Ella produce y sostiene los tejidos, y desde las uñas hasta el cabello todo se forma á expensas de la sangre. Si esta faltara, sobrevendria la muerte, como la albahaca de Lolita llegará á secarse si no cuida de proporcionarle con el riego la suficiente cantidad de agua. En el crecimiento y desarrollo del cuerpo se gasta la sangre. Por otra parte, Eduardo, tú sudas cuando corres; lloras cuando tu mamá te castiga ó te reprende; pues bien, el sudor, las lágrimas y todos los líquidos que salen del cuerpo se forman de la sangre. De este modo la sangre se de-

bilita, y es preciso darle nuevo combustible para que la máquina funcione, porque el cuerpo humano no es más que una máquina. Debilitada la sangre, no puede prestar á los órganos la vida necesaria, y sobreviene ese decaimiento que experimenta Lolita cuando dice que tiene hambre. Entonces come, que es como si dijéramos, echa carbon á la máquina, y esta cobra nuevas fuerzas y vigor.

—Muy bien, exclamó la niña.

—¿Y dónde está la caldera? preguntó Eduardo.

—En el estómago. Así como en la caldera de la máquina de vapor el carbon se convierte en fuego, en el estómago sufren los alimentos ciertas transformaciones, por las cuales quedan en disposicion de mezclarse, ó mejor dicho, de convertirse en sangre.

—Vamos, yo no creo eso, dijo Lolita. El pan es pan, y la sangre, sangre.

En este punto se hallaban cuando Doña Carmen preparaba el café.

Cogió D. Lorenzo un grano de café sin tostar, otro tostado y un poco ya molido.

—¿Es esto café? preguntó á su hija mostrándole el grano sin tostar.

—Sí.

—¿Y esto?

—Tambien.

—¿Y esto?

—Tambien.

—Pues mira este mismo café mezclado con agua caliente, leche y azúcar. ¿En qué se parece este líquido á este grano?

—En nada.

—Has visto en un momento las transformaciones que ha sufrido el café por la accion del calor y de los líquidos. Mayores son las que sufren los alimentos por la accion tambien del calor y de los líquidos con que se mezclan dentro del cuerpo. Si al cabo de tres horas pudieras ver cómo está el pan que acabas de comer, no lo conocieras.

—De manera que todo lo que comemos se convierte en sangre, dijo Eduardo.

—No todo. En las mismas sustancias alimenticias hay una parte que no nos aprovecha, y que espulsamos del cuerpo algunas horas despues de la comida. Sin contar con que pueden ingerirse por el tubo digestivo, además de los alimentos, los medicamentos y los venenos.

Es alimento toda sustancia susceptible de

ser convertida en sangre para reponer las pérdidas del organismo. Medicamentos son ciertas sustancias que en virtud de propiedades especiales ejercen una accion determinada y conocida sobre algun órgano ó funcion; y venenos son tambien sustancias que por sus propiedades especiales ocasionan tales trastornos en los órganos ó funciones, que pueden producir la muerte. Sustancias hay que segun la dosis, ó sea la cantidad en que se tomen, pueden ser alimentos, medicamentos ó venenos, y la mayor parte de los venenos, administrados en pequeñas dosis, son medicamentos preciosos.

Eduardo y Lolita escuchaban atentamente á su padre, y la misma Doña Carmen, pendiente de la palabra de su esposo, le agradecía que con estas instructivas conversaciones entretuviera á sus hijos, que por el momento daban al olvido sus constantes travesuras.

Bien hubieran deseado los niños y la madre que D. Lorenzo continuára su explicacion; pero llamábanle sus enfermos á la consulta, y tuvo que suspenderla hasta el siguiente dia.

—Mañana proseguiremos, dijo; pero á condicion que habeis de responder á lo que yo os pregunte de la explicacion de hoy.

Con esto se levantaron de la mesa, y despues de besar D. Lorenzo la frente de sus hijos, pasó á su despacho para recibir á los enfermos que le aguardaban.

(Se continuará.)

V. MORENO DE LA TEJERA.

LA FÁBULA Y LA NIÑEZ ⁽¹⁾

Vino al mundo la Niñez
Y se halló con dos caminos,
Que á dos opuestos destinos
Conducirian tal vez.

Uno corto, poco igual,
De lindas flores cubierto,
Grato á los ojos y abierto,
Que era el camino del mal.

Otro velado tambien
Por los zarzales y abrojos,
Poco agradable á los ojos,
Que era el camino del bien.

Sin saber cuál tomaria,
Dudó, con pesar profundo,
Cuál de los dos en el mundo

(1) Del interesante libro que con el título de *Fábulas morales* acaba de publicar D. Alfonso Enrique Ollero, tomamos este precioso apólogo, que sirve de introduccion á las instructivas creaciones de aquel.

En la dicha concluiría.

Pero por fin tomó ella
El más grato á su placer,
Que tenía, al parecer,
Más fácil la entrada y bella.

—Este es mi camino, esclama.

Porque me agradan sus flores:
Entra, pues, y aspira olores,
Brincando de rama en rama.

Allí le agrada una rosa,
Que la reina que más vale,
La flor es que sobresale
Más gentil y más airosa.

Corre á cogerla velóz;
Pero entónces, de repente,
—Detente, Niñez, detente,
Le dice grave una voz.

Tu paso, Niñez, retira
De este pérvido camino,
Que tiene oculto el espino
Y sus flores son mentira.

Esta es la senda del vicio
Que en el mal tiene su fin:
Parece un bello jardín,
Y no es más que un precipicio.

El fatal camino deja;
Ven, Niñez, quiero guiarte.
Esta, absorta de tal arte,
Responde entónces perpleja:

—Si tal consejo me das,
¿Quién eres? saberlo exijo.

—Soy la *Fábula*, le dijo,
Sígueme y te alegrarás.

—De modo que, preguntó
La Niñez, siempre dudosa:
¿Puede ser mala esa rosa?
¿No debó cogerla?

—No.

—Me gusta mucho esa flor,
Déjame cogerla ahora...

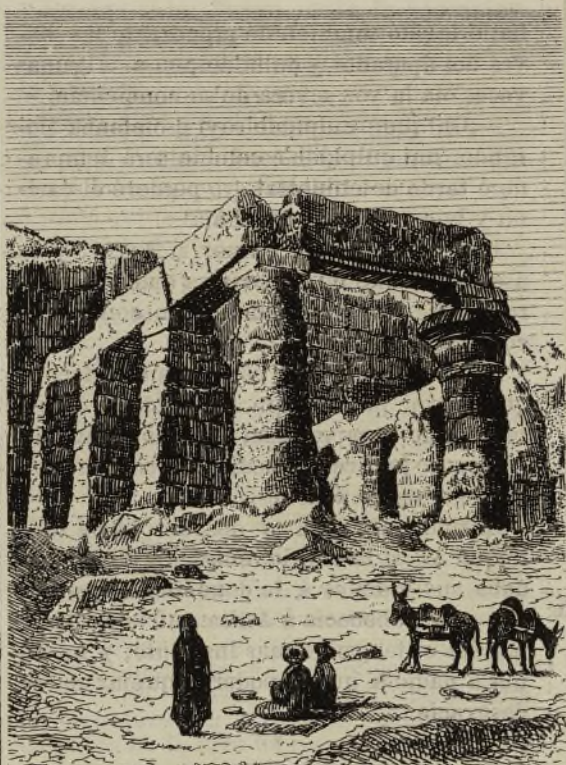
—Pues bueno; cógela y llora,
Tú sentirás el dolor.

La Niñez, con risa franca,
La coge en sus manos finas;
Mas se hiere en las espinas
Y un grito el dolor le arranca.

Esto la *Fábula* viendo,
Dijo á la Niñez, muy seria:
El *ejemplo* es la materia
Que me está constituyendo.

Con él, pues, enseñó así,
Y con él he de enseñarte.
Ven, Niñez, quiero guiarte,
Pues necesitas de mí.

«Si los caminos son dos,
Ambos la *Fábula* huella:
Mas que sigas quiere ella
El que conduce hasta Dios.»



RUINAS EGIPCIAS EN NUBIA

Antes de ahora hemos hablado de las singulares condiciones que presenta la cuenca ó valle inferior del Nilo, y de la portentosa civilización que en ella se desarrollara allá en remotísimas edades. El pueblo de los Faraones no ocupó solamente la region que aún lleva el nombre de Egipto, estendiéndose hácia el Mediodía, y ocupó la Nubia durante largos años. Las ruinas que se encuentran en el suelo de este último país confirman nuestra asercion, y dan á conocer la cultura, energía y poder de los que construyeron tan gigantescos edificios. El presente grabado representa los restos de uno de esos templos grandiosos que aún no ha destruido por completo la acción del tiempo y de la barbarie humana.

LOS MEJORES AMIGOS

Continuacion (1).

Enriqueta cayó en el lazo, y amiga de la adulacion, como ya queda dicho que era, anheló para ella los mismos elogios que oía prodigar á la generosa Sofia: empezó á sustraer azúcar, café y pastas para Anita. y

(1) Véase la pág. 222.

halló medio también de procurarle las llaves del aparador y de la despensa. Algunas veces oía la voz severa de su conciencia.

—¡Oh! ¡qué culpable soy! exclamaba llorando: ¡mi culpable conducta será temprana ó tarde descubierta! ¡yo perderé el cariño y la confianza de mamá!...

En seguida iba á buscar á Anita, y le aseguraba que no le daría ya nada más; pero ésta se reía cruelmente, y le contestaba con insolencia:

—Usted, señorita, es dueña de hacer lo que guste; pero tenga V. cuidado de no tener que arrepentirse; cuando venga la señora yo le diré la obediencia con que usted observa sus órdenes.

Enriqueta lloraba; y después hacía todo lo que Anita le exigía: antes era ella la que daba sus órdenes á la doncella: ahora era ella quien obedecía á Anita: sufría de la camarera el lenguaje más insolente, y no tenía á nadie á quien poderse quejar de su desgracia.

V.

Una mañana recibió la señora de Cifuentes carta de su esposo, hallándose sentada al lado de sus hijos: su padre, convaleciente ya de su enfermedad, se hallaba recostado en un ancho sillón, y oía á Antonio que le leía en voz alta un periódico del día, y Enriqueta, con el rostro triste y los ojos fatigados, porque la noche pasada había llorado más de lo que había dormido, cosía lentamente.

La señora de Cifuentes abrió la carta de su esposo, empezó su lectura, y á los pocos renglones dejó escapar una exclamación dolorosa, á la par que la carta caía sobre su falda.

—¿Qué es eso, hija mía? ¿qué sucede? ¿está enfermo Carlos? preguntó asustado el anciano.

Enriqueta dejó su labor, Antonio el periódico, y ambos se acercaron á su madre sobresaltados y confusos.

—Tranquilizaos, hijos míos; vuestro papá está bueno, dijo la señora de Cifuentes haciendo un violento esfuerzo y recogiendo de nuevo la carta; pero tengo que hablar con vuestro abuelo... id á jugar al jardín, y ya os llamaré luego.

Antonio y Enriqueta salieron juntos: ambos iban pensativos y cabizbajos: en cuanto á su madre, así que se vió sola con el an-

ciano, se arrojó llorando en sus brazos.

—¡Todo perdido, todo! exclamó dolorosamente: ¡mis hijos son pobres, y todos los esfuerzos de su padre no han podido conjurar la ruina de nuestra casa!

—¡Valor! dijo el anciano: hija mía, los bienes de este mundo los dá Dios y él se los lleva: no te quejes, y pide al cielo, no riquezas para tus hijos, sino un buen carácter y una alma inclinada á la virtud.

En la tarde de aquel mismo día, la señora de Cifuentes llamó al salón al preceptor de Antonio, y le dijo que con gran pesar se veía obligada á decirle que no podía seguir educando á su hijo, puesto que la sensible reducción de la fortuna de su esposo, no le permitía pagarle la pensión que le tenían asignada.

—Señora, repuso el preceptor, si es solo una desgracia pasajera la que aflige á su casa de V., yo puedo esperar... amo á Antonio como si fuera mi hijo; conozco sus felices disposiciones, y es para mí un sacrificio muy grande el separarme de él.

—¡Ojalá, D. Justo, que la desgracia que ha caído sobre nosotros pudiera tener alivio! exclamó la señora de Cifuentes; pero yo no lo espero; la ruina de mi pobre esposo está consumada.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

LA SOBERBIA

Concurrían á una escuela elemental de cierto pueblo varias niñas, frescas y robustas, cuya profesora, señora ya de edad madura, se hallaba encantada de la índole especial de aquel conjunto de bellas mariposas. Constituía para ella una agradable tarea ocuparse con interesante asiduidad en inculcar á sus tiernas discípulas ideas y deberes de la moralidad más pura, y un valioso caudal de conocimientos apropiados, para que aquellos seres queridos pudieran entrar un día en el mundo social, llenas de fé religiosa y adornadas con corona de flores tejidas por su propia laboriosidad. Todas ellas, y eran muchas, adoraban á su maestra como á una amorosa madre, pagándola así sus esfuerzos para que llegasen ante el tribunal de exámen, poseídas del mayor grado de instrucción en sus diferentes grados; que de este modo los profesores corresponden al cariño de sus discípulos.

Doña Rosa, este era el nombre de la profesora, anunció en cierta época á sus educandas que el Ayuntamiento había determinado celebrar exámenes á los 15 días, y

que serían presididos por el jefe de la provincia, el cual ofrecía diferentes premios á las más aplicadas. Con este motivo las encareció la necesidad de un repaso general de materias, y la terminacion de las labores que tenia distribuidas, y que habian de ser motivo para aspirar á los anhelados premios.

La noticia de los exámenes y el discurso que Doña Rosa las dirigió con tal motivo, produjo como era natural en aquellas tiernas niñas la ansiedad consiguiente. Todas á porfía se propusieron mentalmente trabajar con afán para obtener la deseada recompensa. Había entre ellas una que durante el curso demostrara más facilidades para el bordado de adorno, de tal modo, que la profesora la encargara diferentes veces de cuidar y vigilar á sus compañeras, compartiendo, hasta cierto punto, la direccion de las labores. Teresa, que así se llamaba nuestra pasante, ejerció sus nuevas funciones de una manera algo exagerada, pues á veces, aun cuando amaba á sus compañeras, las motejaba duramente, llegando al extremo de llamar por el apodo de familia á una niña de nueve años, hermosa como una guinda, llamada Juana.

Ruborizada ésta al notar la hilaridad de sus compañeras, prorumpió en un silencioso llanto, que despertó las simpatías de sus condiscípulas. Rodeáronla éstas, y la cubrieron de caricias, como protestando así de la tiranía inocente de Teresa. Esta, comprendiendo tal vez la protesta, propuso en su interior castigar lo que juzgaba desacato á su autoridad en ausencia de la profesora, que habia salido á visitar una discípula enferma, y tomando una actitud verdaderamente cómica, empezó á reprenderlas á todas de una manera agria, asegurándolas que como hija del alcalde influiría con éste para que ninguna llevase premio, y sólo lo obtendría ella, pues reunía el voto de la maestra y el de la mayoría de los examinadores. Entristeció tanto esta amenaza á aquellas sensibles niñas, que una tras otra, al ver agostarse su grata esperanza, y comprendiendo por las condiciones de Teresa su resolución para realizar la amenaza, prorrumpieron en triste sollozo, convirtiendo el salon donde se hallaban en un mar de preciosas lágrimas. Esta triste escena visiblemente satisfacía el amor propio de Teresa, por más que ya sintiese en su corazon algun pesar; pero llega Doña Rosa, y apercibiéndose en el acto de que habia ocurrido un conflicto, con tierna solicitud procura informarse de lo sucedido.

Ninguna quiere denunciar á su compañera, y esta actitud la hace comprender que algo grave ha pasado. No satisfaciéndola las esplicaciones de Teresa, un tanto capciosas, toma á una de aquellas sobre su regazo, y á fuerza de caricias la obliga á que le diga la verdad lisa y llana: la niña

lo cuenta todo; Teresa, ante la acusacion, procura desmentir el relato, y entónces todas se levantan para asegurar la verdad de la relacion.

Doña Rosa procura enjugar tanta lágrima, y severa ante la trascendencia de aquella falta, dirige á todas este sencillo discurso:

«Mis queridas niñas: Aquí en este recinto todas mereceis mi amor y mis cuidados: todas sois iguales. Cuando tengan lugar los exámenes, el tribunal ha de respetar, lo espero así, las indicaciones de esta pobre vieja, vuestra segunda madre; y llevarán los premios, no lo dudeis, aquellas que más lo merezcan. Teresa, como la mayor, estaba por encargo mio al cuidado de vosotras, no para maltrataros, sino al contrario, para daros buen ejemplo en todo: veo llena de pena que ha creído con lamentable error que yo la habia de considerar más por ser hija del alcalde; ya os lo he dicho, aquí todas sois iguales: queda suprimida la pasante: confío que todas vosotras, durante mis breves ausencias, hareis innecesaria esta delegacion de mi autoridad, que tan imprudentemente se ha ejercido sobre vosotras. Y tú, Teresa, en castigo de la falta de consideracion á tus compañeras, serás excluida de la lista de las premiadas, para que comprendas en lo sucesivo que el verdadero mérito es lo que dá derecho al premio, y que en este recinto se guardan todas las consideraciones debidas á la autoridad local, pero no influye para nada en la rectitud de mis deberes.»

Así corrigió Doña Rosa, en su nacimiento, aquel principio de orgullosa petulancia, y fué tan enérgica en su resolucio, que personada en casa del padre de Teresa, le puso en antecedentes, y le convenció de la necesidad de llevar á cabo su propósito, encontrando todo el apoyo necesario en el alcalde y en el tribunal.

Desde entónces Teresa, siguiendo el impulso de su buen corazon, aleccionada por una esperiencia tan amarga á su tierna edad, fué una de las niñas más aplicadas y juiciosas, recobrando entre sus compañeras las simpatías que por una imprudencia se habia enagenado.

MIGUEL MARÍA CALVO.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 232.

Iniciales floreadas con corona ducal y enlaces de cifras para bordar ropa blanca.

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

MARAVILLA.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

